

Lisímaco

Chavarría, 1878-1913

Tres
Poemas

EDITADOS POR

Carlos María Jiménez G.

1964

B.B.

TRES POEMAS

C.R.
861.6
Ch 512 t

01

TRES
POEMAS

12742.



A Manera de Presentación...

Lisímaco Chavarría, sin duda el más grande poeta lírico que ha tenido Costa Rica, cumplió el 27 de agosto de 1963, 50 años de muerto.

Cincuenta años, cien años o veinte años son un pedazo de instante en la vida de la humanidad.

Pero son cosa y muy importante en la vida de un poeta o de un artista y quedan marcados en la historia y la cultura de los pueblos con caracteres de eternidad.

Lisímaco Chavarría fue un campesino que nació en el lindo pueblo de San Ramón el 10 de mayo de 1878.

Su infancia y juventud, transcurrieron como se desliza la vida de la mayoría de los campesinos en nuestro país: hambre, pobreza y miseria.

Pero en la frente limpia de este campesino tocó con su mano maravillosa el genio de la poesía y transformó su hambre, pobreza y miseria, en cascada de los más bellos versos que costarricense alguno haya escrito en mucho tiempo. Si Nicaragua tuvo a "su" Rubén Darío, nosotros en Costa Rica tuvimos en carne hace medio siglo, y tenemos en espíritu permanentemente, a Lisímaco Chavarría.

Atormentado por la tisis murió Lisímaco Chavarría en San José el 27 de Agosto de 1913 a la edad de 36 años.

La muerte troncó un espíritu enamorado de lo bello cuando más se esperaba de él, pero por fortuna, nos han quedado sus versos y poemas que son gloria de Costa Rica e inmortalidad para Lisímaco Chavarría.

Los tres poemas que he seleccionado para rendirle este pequeño homenaje al gran poeta de San Ramón de Alajuela, son, para miles de hombres y mujeres, tres de las más grandes inspiraciones que este inmenso poeta nos legó.

Que lleguen ellos a las manos y al corazón de los que aman lo bello, y si los acogen con simpatía y cariño, será el más cálido homenaje a la memoria del poeta eterno que vive en el recuerdo de todos los costarricenses como una de sus glorias inmarcesibles.

Carlos María Jiménez G.

Setiembre 1964.

Poema del Agua

(Píndaro)

Le doy, oh caminante!, cuando la sed te abruma,
—el agua dijo alegre— frescura a tu garganta
refresco de las aves la seda de su pluma
y en las riberas mías yo bordo con mi espuma
tejidos de colores cuando mi lira canta

Yo soy el alma errante que alegra la llanura,
arrumbo a las llanuras para buscar descanso,
retozo entre las quiebras y canto con el viento,
reflejo en mis cristales el vasto firmamento
y acorto mi carrera tornándome remanso.

Yo soy el alma errante que alegra la llanura,
yo tengo regocijos, también alzo querellas;
con saltos de gimnasia desciendo de la altura
bañando el musgo verde que alfombra la espesura
y tiembla en mis entrañas la luz de las estrellas.

Derramo en las campiñas de perlas un derroche
y en medio del silencio soy arpa vibradora;
ensayo mis orquestas de liras en la noche
y se abren mis espumas como luciente broche
que esmaltan los matices cambiantes de la aurora.

Y dijo el caminante cargado de fatiga:
—Mi buena compañera que cantas en la gruta,
tú esmaltas con aljófar el oro de la espiga,
tú fuiste en mis pesares mi placentera amiga,
tú fuiste un regocijo vibrando por mi ruta

Como cristal precioso para el camello núbio,
resurges en los oasis, allá entre las cisternas;
te rizas bajo Sirio como penacho rubio,
tus ánforas se abrieron a la hora del diluvio
y pulsas en los mares tus cítaras eternas.

—Cansado peregrino de faz rugosa y grave,
pondré de mis frescuras entre tu copa amarga;
en cada nota fuerte y en cada nota suave,
imito la tormenta o la canción del ave;
escúchame y extingue la pena que te embarga!

Conmigo se nutrieron los viejos trogloditas
y vi la marcha luenga de cien generaciones;
en una roca estéril brindé a los israelitas
mi liquido diamante y vi las infintas
carreras luminosas de mil constelaciones.

Yo vi con las pupilas azules de mis lagos
dos pueblos consumidos por torpes liviandades;
las grandes hecatombes de Romas y Cartagos;
yo sé de las grandezas caídas en estragos
y oyó la voz de Cristo mi limpio Tiberiades.

No llores, peregrino; la ruta de la vida
si así lo quiere el hombre, es larga y dolorosa,
en cada desengaño recibe ingente herida
y en tanto que Natura al goce lo convida,
le ofrece diez espinas debajo de una rosa.

Pero esa madre huraña te brinda su regazo,
te cura de las hambres, minora tus reveses;
con ella estás unido por un eterno lazo,
si sufres te consuela con amoroso abrazo
y pone ante tu vista la ofrenda de sus mieses.

No llores, caminante; yo soy también ofrenda
que brota hecha burbujas del vientre de las rocas;
asciendo hasta tus labios y cruzo por tu senda;
yo mido las jornudas del nómada sin tin tienda,
y apago las sequías de las sedientas bocas.

Por mí sazona el fruto y el campo reverdece
y torno vigoroso al árbol más remiso;
por mí la espiga rubia y el nardo que florece;
encima de mis andas la lumbre se estremece
y en mi sí vió más bello el rostro de Narciso.

Por mi la vuelta al mundo del bravo Magallanes;
Colón hizo su ruta encima de mi espalda
hasta salvar la cima de todos sus afanes;
corono la cabeza senil de los volcanes
y visto las llanuras con frondas de esmeralda.

Besé con mis espumas el cuerpo de Afrodita
y puse mis halagos sobre su piel de seda;
cincelo entre las rocas la extraña estalactita,
conozco hasta el retiro del grave cenobita
y fui propicia a Júpiter para acercarse a Leda.

Tornada en blanca nieve la cúspide perfilo
y salvo las alturas en alas de la nube;
allá en la ardiente Nubia fundé el sagrado Nilo,
y el cuarzo de mis hielos hasta los Andes sube.

Mi génesis se oculta en el pasado incierto;
mi fuerza es poderosa pues nada la restringe;
yo tengo quien me implore: las voces del desierto,
yo tengo un gran enigma: las aguas del Mar Muerto,
yo tengo quien me aclame: la boca de la Esfinge.

Allá, sobre el picacho de la montaña agreste,
en la quietud perpetua de la gigante cumbre,
semejo un nimbo blanco, a veces blanca veste,
que luce en las alturas de ciclada celeste;
en mí se quiebra el rayo de fúlgida vislumbre.

Asalto las honduras y llego a las aldeas
y voy de campo en campo midiendo los confines,
rimando mis canciones, luciendo mis preseas;
a veces me desbordo, —tal lo hacen las ideas,—
y atrueno los abismos con todos mis clarines.

El Niágara es la trompa que canta mi grandeza,
y desde el sur responde la voz del Tequendama;
me enturbio y me retuerzo con bárbara fiereza
tornada en Amazonas. Yo soy naturaleza
que en líquido brillante vibrando se derrama.

Bajo el calor del Asia yo vi los elefantes
llevando a los califas sobre sus lomos pardos,
y vi las caravanas, con mirras y diamantes,
en marchas fatigosas a tópicos distantes,
mi Ganges domestica panteras y leopardos.

No hay nada comparable con mi cristal sonoro
si lanzo mis turbiones bajo el fulgor de Osiris...
mi sondas se levantan para cantar en coro,
entonces las estrellas me dan sus besos de oro
y frente al sol enarco la majestad del iris.

Soy fuerte: yo desraigo los más enhiestos robles;
soy ritmo: doy al aire mis salmos y repiques;
soy buena; soy el néctar de parias y de nobles;
soy brava: en los peñascos asesto mis mandobles
y doblo mis pujanzas para romper los diques.

Y prosiguió el errante con alma conmovida:
—Yo fui hasta los dominios del Bósforo y el Sena
y al claro San Lorenzo lo vio soltar la brida,
allá dejé la pena profunda de la vida
y a tus cristales vuelvo porque tornó mi pena.

Escúchame, buena agua: erré por todo el mundo
en busca de bondades, en vano, y no te asombres,
De niño fue mi canto sereno y fue jocundo,
después de humana estirpe me dio pesar profundo
al ver como me hería la saña de los hombres.

Limpia agua, tú eres buena y a tu bondad me acojo,
me acerco a tus orillas para pedirte calma;
en la presencia tuya de penas me despojo
y si mi labio ardiente con tus frescuras mojo,
penetran las frescuras a refrescarme el alma.

El agua dijo entonces: Las ondas me desgarró
al escuchar, viajero, la pena que te abruma...
Yo tengo una tristeza: mi detención, el barro;
para gemir dispongo los líquidos del Darro,
para cantar, el Duero, para reír, mi espuma.

El sol dora las liras que entonan mis cantares,
de seres no nacidos en mi palpita el germen,
agrandando en mis espejos los bosques seculares,
arrullan lo infinito las olas de mis mares,
Sodoma y Gomorra en mis entrañas duermen.

Hermana de la tierra, ha tiempo que la ciño,
con ella voy en viaje alrededor del astro;
encima de sus hombros soy clámide de armiño;
a veces sus estepas fecundo con cariño
y en el azul despliego banderas de alabastro.

Como una mano abierta se extiende a mi el Sahara,
me piden sus simunes la ofrenda de mi lluvia;
yo nunca di mis besos al árido Karnara
y nunca di las perlas de mi llovizna clara
al viejo desamparo del arenal de Nubia.

Viajero, dijo el agua, —mi cuerpo cristalino
habrá de acariciarte con amoroso abrazo;
arrójate a mi seno y así tu oscuro sino
tendrá en mis hondonadas un lecho coralino
y dormirás cien lustros tendido en mi regazo.

El triste caminante oyó la voz extraña,
oyó la voz amiga de aquel florecimiento,
nacido en lo más hondo de la movable entraña
del agua fugitiva que hundióse en la montaña,
riendo con su espuma, cantando con el viento.

Los Bueyes Viejos

Es de tarde...

allá sobre la cúspide del monte,
hay una fiesta de matices.

Arde

el sol, y, el horizonte,
a modo de encorvado mastodonte,
bajo el eterno y azulino domo,
parece que a lo lejos
bañado en una lluvia de reflejos,
lleva árboles y riscos sobre el lomo.

Con tintes de naranja y de carmines,
las nubes pasan cual leones sueltos,
como corceles de nevadas crines,
cual mármoles esbeltos
que van en procesión a los confines.

Es la última faena

les dice el labrador con sentimiento:
mañana al fin terminará la pena
que os llena de profundo abatimiento;
sois viejos, ya los años, bueyes míos,
os han tornado inútiles, cansados,
por eso vais tardíos
al valle donde extendo mis sembrados;
el tiempo la pujanza de otros días
os quitó con sus bravas osadías ..

Es la última jornada, ya la muerte,
descanso postrimero
de todo lo que sufre y lo que llora,
mañana os librará de aquea suerte
allá en el matadero:
cuando principie a despuntar la aurora
compraréis el alivio de esas penas
con el tibio rubí de vuestras venas.

Y aquellos bueyes viejos,
cansados, impotentes por vetustos,
miraron allá, lejos,
los últimos reflejos

prendidos en la cumbre de la sierra;
evocaron sus ímpetus robustos
de ya difuntos años
y vieron con extraños
ojos el seno púber de la tierra
que convierte la carne y los dolores
en perfumadas y rojizas flores.

Los dos atletas dóciles, sombríos,
que de la aurora las primeras luces
miraron cuando araban
en pos del montañés en los plantíos,
inclinaron humildes las testuces;
dijérase lloraban
con los ojos insomnes, siempre fijos,
mirando, no distantes, los cortijos
ornados con ubérrimas labores
en la extensión feraz de la pradera,
en donde de aquel rústico, los hijos
al lado de su madre placentera,
hallaron a los fuertes labradores
humedeciendo el campo con sudores...

Dijérase lloraban consternados,
los bueyes fatigados,
al mirar por vez última la amada
plantación acullá, sobre los prados,
enviándole un adiós con la mirada
a la hora en que la tarde sombras viste,
adiós lleno de angustia, adiós muy triste!

Las estrellas —clemátides de fuego—
el río murmurando en la montaña
monótono estribillo,
la dulzaina y el canto del labriego,
el trajín de la plácida cabaña,
el pifano del grillo
vibrando en la espadaña,
y el viento que retoza en la llanura,
convergen al concierto de Natura.

El toro ensaya su mugido bronco
obedeciendo a las eternas leyes
de aquese movimiento
que impele y rige las astrales greyes
y el piélagos encrespado, siempre ronco;
y a la cuadriga armónica del viento
va chafando en su marcha los magüyes

mientras rumian, echados cabe un tronco,
los dos amigos buyes,
amigos compañeros
que supieron partirse la pitanza,
el dulce pienso del cañal vecino
y todas las fatigas del camino.

Hay un sordo rumor en la arboleda
que anuncia algo muy serio:
es el terral atronador y fuerte
que a su paso colérico remeda
las iras impotentes del dicterio,
las burdas carcajadas de la muerte;
es algo triste y grave
que vibra, se refuerce y se encarama
del árbol en la rama
donde ha pulsado su laúd el ave,
que hechiza con su cántico sentido
cabe el alcázar de su muelle nido
a dúo con su tierna compañera
que tiene los dulzores de la piña
cuando con ansias en la fronda espera
la vuelta de su amante a la campiña.

Se llena el aire de negror y espanto
y hay lóbregos barruntos
de recia tempestad en los pensiles,
los montes y hondonadas, entre tanto
mustios siempre, callados, siempre juntos,
aquellos dos cornigeros seniles
rumian... rumian... y rumian a deshora
esperando la vuelta de la aurora,
la reina iridiscente de las flores
que roza con su traje las espigas,
al romper en los campos las fatigas
los gañanes —valientes luchadores!—

Los dos buyes presienten el insano
final de su existencia...

Conocen los ardores del verano
del viento la frigida inclemencia;
son eunucos, son parias del tormento
y esclavos del dolor y la fatiga
sin descanso, sin tregua.

Su aslamiento
a rudas pesadumbres los obliga,
los llena de perenne abatimiento;



por eso en sus pupilas siempre abiertas,
llevan el duelo de las cosas muertas!
¡Allá, sobre la cumbre
brillante pincelada de naranja
magnífica explosión de suave lumbre,
anuncia la llegada de la aurora.

Despiértase la granja
y al ensancharse la soberbia franja,
así como un despliegue de cendales,
el valle se colora
y un himno de palomas y turpiales
resuena en las montañas;
se esmalta de carmin el dulce grumo,
flamean las banderas de las cañas
y en grandes espirales sube el humo
del rústico fogón de las cabañas;
aléjase por fin la noche negra
y el beso matinal todo se alegra.

Un lúgubre mugido es el saludo
que aquellos dos invictos del trabajo
le dirigen al rústico sañudo,
quien llega para atarlos
y conducirlos ay! al matadero;
y el burdo montañés, al contemplarlos,
siente pesar que su ánima tortura,
así como un arpón, terrible y fiero,
que dejase en su espíritu amargura.

Las noches dilatadas del proscrito
nostálgico y enfermo,
el silencio eterno del infinito
y el desamparo del estéril yermo,
no tuvieron la insólita cansera
de aquellos dos rumiantes siempre nobles,
al tornar la mirada a la pradera
donde quedaban los amigos robles,
y aquella fresca moza
que les mandó un adiós desde la choza!

Al perderse, siguiendo al campesino,
allá desde la sierra,
en el último trecho del camino
donde se junta el cielo con la tierra,
contemplaron el valle de labranza
cuajado de maizales,
de piñas, de cafetos y racimos

en que funda el labriego su esperanza
que traducen su canto los zorzales
posados en los dátiles opimos.

Silenciosos bajaron el sendero,
y, al discurrir, las florecillas blancas,
como arrojadas por ocultas manos,
rebotaban encima de las ancas
de aquellos dos cuadrúpedos ancianos;
era a modo del último agasajo
del árbol a los héroes del trabajo;
las aves que los vieron siempre uncidos,
triunfando de fatigas,
les rindieron también dulces cantigas
y allá, desde la quiebra de la hondura,
en su arpa de cristal rimó la fuente
un canto de amargura
muy flébil... muy sentido... muy doliente!

Y después de salvar el precipicio,
velado por montañas,
llegaron al teatro del suplicio
y un hombre sin entrañas,
de miradas muy ásperas y foscas,
introdujo la yunta al edificio,
hogar de hambrientos cárabos y moscas....

Insensible, sañudo y altanero,
el verdugo fatal del matadero
maniató un buey de aquellos y lo tumba
con tal atrevimiento
que al golpe del cornígero retumba
y tiembla el pavimento;
el manso buey aviva la pupila
en busca del por qué de aquel tormento,
y ondulan en el aire sus bramidos
suplicantes a modo de quejidos.

Mientras el rudo matador afila
el bárbaro puñal que centellea,
bañado por el sol de la mañana,
temblando la otra víctima olfatea
la sangre que gotea
del gancho de metal de una romana...

Intérnale la daga aquel verdugo
al rey de las faenas maniatado,
y espónjase la herida

y retiembla aquel hércules del yugo,
atleta del trapiche y del arado,
y saltan de su arteria enrojecida,
dos chorros carmesíes
que brillan como líquidos rubíes;
sus ojos languidecen
despidiendo fulgencias opalinas,
y agoniza... sus carnes se estremecen
y hay quejas de dolor en sus retinas!

Aquellos dos amigos de faenas,
amigos en las luchas y en la suerte,
amigos en las hambres y las penas,
el descanso le compran a la muerte
con la sangre viviente de sus venas!

Las fatigas, la sed y los calores,
y los fríos terribles siempre huraños,
unidos bajo el yugo, en los alcores,
los vieron al correr de luengos años; Y
por eso en sus pupilas, siempre abiertas,
llevaron tintes de las cosas muertas!



Anhelos Hondos

Allá en el Camposanto
que esmaltan las auroras de amaranto
y las tardes de sándalo y carmín,
allá donde la hiedra
abrazo con amor la cruz de piedra,
anhelo ahora descansar al fin.

Allá donde los vientos juguetones
columpian los rosales en botones
y lloran al pasar;
allá donde los lúgubres cipreses
me esperan hace meses,
anhelo descansar.

En mi pueblo que doble la campana
bajo el oro del sol de la mañana
por este nativo trovador;
y que manos cariñosas
me lleven a la huesa muchas rosas
Cortadas con amor.

Mi cuerpo que se torne en pasionarias
y que adornen las tumbas silenciarias
en las tardes de lumbre tropical:
es el único anhelo que hoy me inspira
y que siga la cruz siendo la lira
del alma mía que será inmortal.



